

CARLOS MEDINACELI

EL HUAYRALEVISMO
O la enseñanza universitaria en Bolivia

Editorial “los amigos del libro”
La Paz – Bolivia
2007

PRESENCIA DE CARLOS MEDINACELI EN LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA

“...porque en la entraña de su vida y su pasión fueron los más puros creadores de la aún alboreante alma nacional y la luz que ellos irradian, antes de dejar como hasta hoy se extinga en las sombras de ayer, debemos reconocerla para iluminar con ella los senderos del Porvenir...”

MEDINACELI

Hace cinco años, en un doce de mayo, se apagaba en La Paz la vida de Carlos Medinaceli, crítico y animador del proceso de la cultura boliviana en los últimos treinta años.

La fantasía de algún novelista ha ideado la máquina del tiempo, a través de la cual los personajes se trasladan a épocas pasadas, o, lo que es mejor, de otras edades traen a la nuestra actores que habían desaparecido. Para acercarnos al tiempo que vivió y sufrió Carlos Medinaceli, que en realidad resulta tan cercano que pertenece también a nuestras propias vidas, pongamos en actividad ese artefacto prodigioso.

Situémonos, entonces, en primer término, en los lugares que vieron transcurrir su infancia: Potosí. O en una de sus provincias alejadas del tráfico de los metales; tierras que a más de su aridez hállanse ociosas, y cuasi abandonadas, en manos del latifundismo criollo. Abandono, silencio, desolación en el paisaje y en las almas fueron motivos que impresionaron a Medinaceli desde un comienzo, acabando en el leit motiv de su protesta en el tiempo. Chocloca, aldea perdida en la inmensidad altiplánica fue la inspiradora de sus páginas dolidas por la ausencia de la patria campesina. “Pueblos terrosos, vidas derrotadas”, titula breve relato de un viaje a esa población que se le anima como la imagen del país todo.

Ahogado éste por la acción opresiva y secante de la gran minería, su clase dirigente encontrábase envilecida en torno a la mesa de “los barones del estaño”. Se animaba arte servil, simple imitación de las grandes corrientes extranjeras. Despreciábase lo propio bajo la fascinación de lo extraño, cayendo en el doble ridículo de una sumisión voluntaria y de copia servil y peor realizada, y, así, con enfermiza sumisión cultivábase el placer que subalterniza todo lo boliviano. Las manifestaciones de la cultura dependían en gran manera del aliento que la oligarquía extranjerizante prestaba a los artistas y autores que le eran filiales. De aquí que la literatura hecha a gusto de la clase copetuda fuera de evasión, de transplante, depresiva de las realidades del país, que, por personales, resultaban, asimismo, universales, lo que nunca entendieron los teóricos de la oligarquía...

Pero, remitámonos al testimonio del propio Medinaceli. “La sociedad, la clase burguesa, no “quiere —dice— verse la cara en el espejo de la “realidad, porque su cara es fea. La realidad actual de esta vida boliviana que estamos viviendo en estos días es triste. Es misérrima.

Hay pequeñez en todo; en caracteres, en pasiones, en deseos. La existencia es monótona, vulgar, tonta, rutinaria. La sociedad, ociosa, no alienta ningún ideal. No persigue otro fin que el puramente vegetativo de ir viviendo de cualquier manera...

Esta sociedad burguesa (manifiesta en el “mismo ensayo), cobarde hasta para manifestar sus odios, la mejor manera de reaccionar que “tiene es la conspiración del silencio. Nadie se “entera de nada. Nadie lee nada. Y en paz. O, “mejor dicho, en guerra, en guerra subterránea”.

Contra esta realidad reaccionó Carlos Medinaceli, y lo hizo no con la pasión del resentido, sino con la íntima convicción del que comprende que está estafando al país y se apresta al combate con las armas que cuenta. Medinaceli inició la pelea en la trinchera de “Gesta Bárbara”, de Potosí, intento generacional, vanguardista y demoledor, que luchó por la cultura en medio del océano de la tumultuosa “mesocracia utilitaria”, que los rodeaba. Los más terminaron vencidos por el ambiente. Algunos vendieron su capacidad a poderosos intereses, otros, sin querer transigir, se suicidaron... Hubo pocos, como Medinaceli, que pelearon hasta su último día. “Generación que estalló en un verso y encalló en un empleo”, según dijera después él mismo, tuvo sin embargo la virtud de despertar el sopor de un pueblo cuyos intereses siempre habían sido burlados.

En el mismo juicio sobre su generación, Medinaceli, manifestó, y con legítimo orgullo: “Si no pudimos realizar nuestros ideales, no los hemos traicionado tampoco, haciéndolos servir para edulcorar con ellos una mala causa o de escabel para que sobre ese pedestre estropajo se empinen los mandarinatos caciquiles de nuestra patria”.

Toda su obra retrata su protesta contra el envejecimiento, la estrechez, “la mentalidad provinciana” de la feudal burguesía; fue un luchador en el sentido goethiano del término. Cayó al fin, y pobremente, depreciado por la estupidez militante de los que no le perdonaron nunca el haberse rebelado contra los intereses que dominaban el país. Yo he combatido mis combates, diría, después, parafraseando la sentencia hebrea; y, en verdad, que fue leal a su pensamiento y su personalidad.

Todos los problemas, que hoy resuelve la Revolución, tuvieron en las obras de Medinaceli estudio y análisis, incomprendido en su época, y hoy cobran vigencia que antes jamás tuvieron. La destrucción de la Rosca y el latifundismo para edificar la nación soberana; el problema del indio; la reforma educativa; la independencia de la cultura de las ataxias coloniales que sobre ella ejercía el imperialismo, fueron facetas que preocuparon hondamente a Medinaceli; y esto en un tiempo en que políticos e intelectuales hacían las más irreales divagaciones en tanto el país era explotado y empobrecido miserablemente.

“LA CHASKAÑAWI”,

NOVELA EXISTENCIALISTA

Con inexplicable torpeza, producto posiblemente del dogmatismo propio del stalinismo, Néstor Taboada Terán, enjuicia “La Chaskañawi” y a su personaje central, Adolfo, encontrando que su autor era “un existencialista inconsciente”, y, por tanto, su libro “forma en la avanzada ideológica del imperialismo yanqui; de los incendiarios de una guerra que necesita de hombres como Adolfo, sin personalidad, sin voluntad, sin fe, sin esperanza; sucios degenerados”, cuando lo que ocurre es precisamente lo contrario. “La Chaskañawi” tiene defectos de técnica, de proporción; pero de ningún modo muestra los sombríos caracteres que nos pinta el comentarista. En ella la vida de las provincias bolivianas se descubre descrita y comentada en magnífico color, con sus peculiares características, sus gentes, sus costumbres, las prácticas políticas en las democráticas elecciones de antaño. La pugna entre la gente ‘bien liberal’ y el artesanado que deviene personaje político en las filas republicanas junto al Tata Pérez, jefe de esa facción, tiene páginas magníficamente logradas. ¿Cuál el sentido que guardan? La burla, la implacable ironía del autor frente a las divergencias, más aparentes que reales, de la clase dominante que dirigía el país a espaldas de la masa indígena. El ¡Viva Montes!, o el ¡Viva Saavedra!, en labios de los que ejercían el “mayestático” derecho, no significaba sino palabrería hueca entre fracciones de una misma corriente.

En cuanto al supuesto existencialismo del personaje no cabe interpretación más errónea. El problema espiritual que se plantea Adolfo, es el de un “alma occidental, transplantada de la alta cultura de la España teológica, rezagada del Medioevo y en agresión frente al paisaje americano... “En cambio, Claudina, la Chaskañawi, era “un fruto espontáneo de ese paisaje que da libre cauce a la corriente bullidora y gozosa, llena de alegría de la potencia creadora; por lo que sentíase rica, henchida de savia.

Las reflexiones del personaje objetivizan la profunda desazón de un espíritu extraño en ambiente que siente hostil. “Soy, pues, —manifiesta—, y no hay remedio para ello, “un fin de siglo”, un alma crepuscular de occidente extraviada en lo más agreste de estas breñas de América. Por eso hay un cósmico divorcio entre mi alma y el paisaje que me rodea, que yo no puedo sentir y menos vivir de acuerdo con él...”

Donde Taboada Terán cree ver un ser inconsciente al lado del imperialismo yanqui, no hay sino problemas de mestizaje. “Representa —dice Medinaceli— la desesperación de España agonizando en el paisaje indígena de América”. Esto es lo real. El retrato es, pues, exacto y el mérito reside justamente en su orientación final que es donde el personaje se consubstancia con la realidad y edifica para el futuro. Porque Adolfo representa la fusión étnica y espiritual de los últimos frutos de la Conquista con la savia virginal de América, allí donde el Conquistador no impone: se somete.

“Qué pensar ni esperar —reflexiona Adolfo— de una juventud que a los dieciocho años se deleita con “Les fleurs du Mal”, de Baudelaire, comprende las torturas de la carne y del espíritu de Verlaine, se opila con Schopenhauer y Nietzsche, comprende a Flaubert, cuando en la tentación de San Antonio desea el eremita “volver al átomo” y en medio de tales audacias de pensamiento y de tales doctrinas disolventes y anuladoras, no hay sostén, se desconfía y se duda de los afectos familiares más hondos, y se ha perdido toda brújula moral?”

El personaje reniega entonces de su enciclopedismo, de la cultura que le fuera inyectada en la Universidad corroyendo como substancia venenosa su espíritu creado para la libertad de acción y de pensamiento. Enamorado de la Chaskañawi encuentra su realización plena y vital. Trabaja con la Claudina, la hace suya; y en esta tierra con amor, lejos del “burgo mestizo” y de las ciudades donde campean parásitos y filisteos de una cultura que no asimilan ni comprenden...

Adolfo toma el arado y siembra la tierra y ya Claudina, mujer suya, fecunda el milagro de un hijo. “El hijo de esta mujer —dicese Adolfo— Dios quiera que dé de la naturaleza de ella antes que del atormentado espíritu mío; entonces será el fruto genuino y sano de estas fuertes sierras andinas, lejos de toda la crápula intelectual de Chuquisaca. En la civilización de las urbes —continúa— está la muerte. Aquí está la vida. La vida del Porvenir”.

Y llegamos así al término de la novela, que es, innegablemente, un mensaje de fe y no de derrotismo, como se esfuerza inútilmente en demostrar Taboada Terán.

MEDINACELI Y LA CUESTIÓN AGRARIA

En un tiempo en el que la cuestión agraria se consideraba como cosa inmutable y permanente, Medinaceli denunció el parasitismo de los latifundistas y de los dueños de minas. Criticando la obra “Tierras Hechizadas”, de Costa du Rels, retrata a don Pedro Vidal, su protagonista, a quien “puede considerarse como el tipo del latifundista colonialista que supervive en Bolivia con indurecencia crónica... Don Pedro ha heredado una hacienda, tan extensa, que ni él mismo conoce sus confines. .. Como es el principal hacendado de la región hace diputados a su antojo e impone las autoridades que le convienen. Mantiene la provincia en un puño. No sólo la provincia sino el departamento. Trátese del partido que se trate. Todos los gobiernos saben que don Pedro es un hacendado con más de diez mil árboles de naranjo y cientos de colonos y cuando se necesita de sus servicios a la causa, es porque se requiere ganar elecciones con mayoría aplastante... Don Pedro Vidal es una fuerza viva de la Nación. Un puntal del Estado”.

“Pero —se pregunta Medinaceli— ¿cuál es la acción social de este formidable monstruo de poder y fuerza? Dentro de la causa social, si algunos representamos el papel de la plácida cigarra, que canta por cantar, aunque no coma, o escriba por escribir, aunque no gane con ello más que los silbidos de la maldad, el formidable don Pedro, es un cocodrilo de la nacionalidad, como Patiño, Aramayo y Suárez. Es el que se los come a todos sin permitir que los demás coman”...

“Este personaje —asegura Medinaceli— es el que conviene a todos los ejemplares de su especie, es decir a los patrones bolivianos, “hombres sin más ideal que la satisfacción de los más groseros apetitos sensuales, sin más cultura que el bagazo de nuestras Universidades y sin más norma social que la defensa de sus intereses, enemigos del bienestar general, todos estos latifundistas, capitalistas y jefes de pueblo... Diríase que no les importa que sucumba Bolivia con tal de que ellos continúen acrecentando su fortuna. Como que algunos de ellos, en previsión de una catástrofe, han asegurado sus capitales en el extranjero, y cuando sucumba la Patria, ellos se irán a llorar la muerte de la Patria a Biarritz o la Costa Azul”.

Medinaceli no sólo muestra la realidad sino que busca las causas por qué se perpetúa. Y, al hallarlas, denuncia: “El problema esencial en Bolivia es el problema agrario. ¿Y por qué no lo han tratado en el Congreso encarándolo de frente y planteándolo a fondo? Por una razón tan sencilla como humana; porque la mayoría de nuestros parlamentarios son feudatarios a la manera de Pedro Vidal; porque ellos viven y medran y son “grandes de Bolivia”, precisamente por eso; porque se han aprovechado del medievalismo económico imperante.

MEDINACELI Y LA REFORMA EDUCATIVA

El régimen liberal mediante la Misión Belga impuso en Bolivia el enciclopedismo que, como sistema de educación, es propio tanto de un siglo como de una mentalidad y un movimiento político completamente ajenos a nuestra realidad de país con una población mayoritaria de analfabetos y con diversidad de lenguas. El mencionado sistema obedece al espíritu del liberalismo ochocentista, dogmático y racionalista. Esta formación, superada ya en el resto del mundo, subsiste en Bolivia. Mientras en las pequeñas sociedades que se desarrollan en los burgos surgen día a día cientos de universitarios y profesionales hábiles para lograrse una situación personal, con total desconocimiento de los problemas del país, la enorme masa de tres millones de campesinos nace, vegeta y muere lejos, no sólo del humanismo, sino hasta del más humilde alfabeto de primeras letras.

Medinaceli postuló por la especialización vocacional y el destierro del enciclopedismo “La peor lacra social —sostenía— es la mala educación de la Secundaria, es la desorientación vocacional y el enciclopedismo. Luego, urge extirparlos”. Nuestras escuelas y colegios —afirma en otra de sus obras— no son otra cosa que una descarada fábrica al por mayor de servilismo y achatamiento intelectual y volitivo. De la Universidad no se sale a la vida del pensamiento y de la dignidad de la cultura, sino a la del incondicional sometimiento al caudillo o patrón y de la abdicación del decoro ante el ara del “haber mantenimiento”, que decía el Arcipreste...”

La “Educación del Gusto Estético”, es obra dedicada exclusivamente a la reforma de los programas de enseñanza sobre todo, como es justo, de literatura. En el conflicto de las “dos pedagogías”: enciclopedismo y espacialismo, Medinaceli abogó por la segunda con abundancia de razones. “Al sostener la oportunidad boliviana de la trifurcación vocacional en la Secundaria —decía— lo hago porque la experiencia me ha enseñado que el enciclopedismo nuestro es pernicioso. El alumno, obligado a

aprender lo más —ese fabuloso programa de bachillerato— no llega a aprender nada efectivamente. Y lo hago también porque ya es tiempo de que nuestro país ingrese en la vida técnica”.

Analizando luego las consecuencias que acarrearán en la vida ciudadana los viejos sistemas, anotaba que “sólo de esta manera (es decir adoptando la reforma con orientación técnica vocacional) se podrá extirpar y combatir la plaga del “doctorismo” feudal-burgués y del parasitismo intelectualista y burocrático, que es la actual gran rémora para el progreso del país y del pueblo. De ahí es de donde sale y se reproduce la empleomanía y el parasitismo funcionarista con su secuela de nepotismo y favoritismo que engendran los ya crónicos disturbios políticos y las revueltas...”

MEDINACELI Y LA LUCHA POR LA CULTURA

Quizá en mucho tiempo no se dé en Bolivia un crítico de la maestría de Medinaceli. Sus estudios sobre autores y obras nacionales resultan hoy indispensables para quien quiera conocer, y, lo que es mejor, comprender el devenir de nuestras letras en este último medio siglo.

Medinaceli combinó una extraordinaria cultura con un profundo acre amor a las cosas y los hombres de su tierra. Teniendo ahora una perspectiva más lejana, encontramos que su protesta, su ironía, fueron siempre más cauterizantes que hirientes.

Viviendo a expensas del ínfimo sueldo de una maestraescolía, trabajó, incansablemente, compilando, valorando y seleccionando a los cultores de las letras. De su obra, casi toda ella inédita, en poder de sus familiares (**), sólo conocemos los tres libros mencionados y ensayos publicados en diarios y revistas de su tiempo. “Nuestras ignotas vidas ejemplares”, titúlase uno de sus mejores escritos, en el que, al margen del escenario donde la clase dominante consagraba, para su mejor servicio, las figuras representativas, Medinaceli descubrió otros valores que fueron los que realmente lucharon por “hacer patria”, por modo, o estilo, humilde, oscuro y anónimo; pero por ello mismo más eficaz y duradera... “Mientras se olvida a éstos —decía— se exalta la estatura de los caudillos políticos y militares en tono tan ponderativo, tan unilateral e indiscriminado, que alcanza los contornos de la apología dogmática...”

Admirador de Mariátegui, amigo de Gamaliel Churata, Medinaceli fue un convencido de que el indianismo es la corriente literaria que corresponde en la etapa actual de nuestra evolución histórica. Su polémica con José Eduardo Guerra, a propósito de las opiniones vertidas por éste en su “Itinerario Espiritual de Bolivia”, constituye uno de los documentos más valiosos para fundamentar nuestra posición ideológica en torno a los problemas de la cultura boliviana...

Aseguraba Guerra que el llamado “indianismo”, que tiene hoy en América y en Bolivia exaltados propagandistas, no pasaba en su “concepto de ser una simpática ilusión sin aplicación posible en la preciosa realidad que nos impone a cada instante volver los ojos hacia Europa”.

Afirmamos en un anterior ensayo que “el mérito fundamental del indigenismo (o indianismo) es el de haber roto lanzas con las corrientes que, encubriéndose en cualquier tendencia foránea, mantenían la proyección colonial sobre el país, es decir, el sometimiento y voluntario vasallaje a las ideas de fuera en desmedro de las realidades sobre las que vive y se sustenta la Nación”.

La opinión de Guerra es enjuiciada por Medinaceli en un estudio de notable vigor. “La Cuestión del Indianismo” se titula y hállase entre los trabajos recopilados en sus “Estudios Críticos”. “Se explica que Guerra, que vive en Europa —dice Medinaceli— haya vertido ese juicio. Si viviera en Bolivia, si hubiese conocido la Bolivia verdadera, que es la campesina, su opinión sería otra. Para los que vivimos en Bolivia, para los que desde pequeños, viajando por campos y pueblos, hemos tenido que enfrentarnos ante la realidad de la vida nacional, la primera exigencia que se nos impone a cada momento es apartar los ojos de la Europa exótica que desorienta nuestra conducta y volver a la realidad boliviana, que es la fundamental, decisiva vida indígena”.

Bien valdría transcribir todo este estudio. El razonamiento de Medinaceli clarifica posiciones y descubre la inarmonía permanente de la vida boliviana: “Queremos vivir a la europea, pero sentimos como indios... En todos los aspectos de nuestra existencia —manifiesta— se refleja esta desarmonía: lo mismo en política que en literatura, en lo social como en lo doméstico. Así en política hemos adoptado las “formas” de Gobierno europeas; pero esas formas al llevarse a la práctica han cobrado modalidad indígena; más concretamente: pseudomórficamente chola. Se legisla con leyes occidentales, pero se obra con espíritu de ayllu. Igual en literatura: escribimos en castellano pero pensamos en aymara o kheswa. Y de hecho nuestra vida, nuestra conducta, nuestro sentir y gobernar, resultan falsos, deficientes, fragmentarios y vacilantes. No llegamos nunca plenamente a realizar la totalidad de nuestro espíritu dentro de forma definida...”

¿Cómo hacer frente a este conflicto? “Unos, como Guerra —contesta Medinaceli— piensan que hay que volver los ojos a Europa, occidentalizarnos. Hace ya cuatro siglos que venimos persiguiendo ese ideal. ¿Lo hemos alcanzado?... El medio

telúrico continúa como antes de la Conquista, como durante ella, como ahora, sin haber perdido su enorme fuerza plasmadora de hombres y acontecimientos”.

“Entonces, antes que —como hasta acá— pretender vivir desligados de nuestro medio, importando y transplantando los mismos modos de vestir, sistemas de Gobierno, y hasta emoción y belleza, lo fatalmente imperativo es volver los ojos a la tierra que habitamos, obedeciendo, dóciles, a sus influjos nutricios”.

¿Representa esto adoptar una posición regresiva, chauvinista? Medinaceli nos aclara que “esto no significa el rechazo sistemático de todo cuanto de bueno nos viene de Europa. Sería absurdo. Lo que decimos es que, antes de europeizar hasta lo raigalmente nuestro, como hemos pretendido hacer hasta ahora, debernos es forzarnos por imprimir sello americano a lo europeo... ¿Por qué no vamos a tener derecho de ir en busca de nuestra propia expresión, defender la originalidad de nuestro espíritu y dar una emoción autóctona a nuestras letras?”.

Pero, además de la certera visión y la profundidad de su pensamiento, Medinaceli guarda en su obra una faceta, que muchos de los actuales cultores del indianismo no han comprendido bien: su gravitación social. Medinaceli no quería “pastores de idilio ni campesinos de cromo”. Aseveró que la vigencia del indigenismo se debía en gran manera a su relación con los problemas sociales. “El indigenismo —dice— no es una mera corriente literaria. Arranca de la tierra materna. Como tiene sus raíces en la gleba, está nutrido con el jugo de las angustias proletarias; recoge el clamor de justicia de estos nuestros pueblos del Ande que buscan también su redención por la belleza, que es bien y verdad”.

En otro estudio es más buído aún: “El indigenismo —dice— no responde a una efímera veleidad de moda literaria, sino al irrehuible determinismo telúrico y manifiesta un estado de conciencia de la Bolivia actual”.

Cual se ha visto la obra y la vida de Carlos Medinaceli estuvieron encaminadas en las causas que motivan la Revolución Boliviana. Desaparecido ahora, luego de ofrendar su existencia a la beligerancia autonomista, su figura se revela precursora y augural para esta nuestra época.

La marcha de la historia, prescindiendo de sus detractores, consagra el contenido porvenirista de su mensaje. “No impúnemente se comete el delito de haber nacido antes de tiempo y de haber osado oponerse al ambiente...”

El delito en el autor de “Estudios Críticos” consistió en decir la verdad cuando todos callaban o se vendían. Ese el sentido trascendente de la peripecia de Carlos Medinaceli, cuya vida —se ve— se acordaba al pensamiento nietzscheano:

Di tu verdad y rómpete... ()

Mariano Baptista

El huayralevismo

EL FRACASO HISTÓRICO DE LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

Rápida ojeada sobre la Universidad

La Universidad, como sabéis, arranca su origen de la Edad Media. Ella nació a la sombra de los conventos y al amparo de la iglesia, que en la época medieval fue la legataria de la cultura greco-latina.

Este hecho, de que la Universidad hubiera nacido a la sombra de los conventos, explica su carácter, su organización, los métodos de trabajo, la manera de graduar las jerarquías, etc., responde a la época escolástica y teorizante en que se fundó. Es decir, que es una institución de origen medieval, creada conforme al espíritu de aquella época.

Según mi criterio, ella, en el fondo, no ha variado: habrá cambiado de organización, pero no ha cambiado de estructura.

Téngase entendido, que al hablar de Universidad y de enseñanza universitaria, me refiero siempre a las universidades de tipo latino, no a las de carácter germánico.

En el hecho anterior se explica la causa de su fracaso en nuestra época.

La Edad Media fue una época teorizante y amante de la especulación y del racionalismo; la nuestra al revés, es práctica, positivista, que supedita el pensamiento a la voluntad; el resultado experimental a la prueba silogística.

Por eso que la enseñanza universitaria resulta un fracaso. Voy a explicar esto con ejemplos concretos.

La Universidad de San Francisco Xavier

La Universidad de San Francisco Xavier es, entre nosotros, una institución que goza de tanto prestigio, que casi la tenemos como una reliquia sagrada.

Según el pensar general ella fue en la época de la Colonia, el cerebro de la Audiencia de Charcas, el centro solar de donde irradian las ideas libertarias y de ella salieron los próceres que nos dieron independencia y fundaron la República.

Pues, en este hecho, que para todos es cierto y que todo el mundo elogia imponderablemente, yo creo ver un mal síntoma, desprendiéndome de prejuicios patrióticos: no niego la importancia que dicha Universidad tenga en nuestros anales históricos, lo que a mí me parece malo es que ella ha educado hombres no para el trabajo —así sea trabajo manual, científico o artístico—, sino hombres para la política, la literatura y el empleo burocrático. Explicaré este asunto luego.

La Universidad de San Xavier —nos dicen—, es la gloria de Bolivia, y Charcas, donde ella se asentó, fue “la Atenas” de Suramérica.

Lo que extraña es —si nos desprendemos de las frases hechas y analizamos la obra de la Universidad—, ver que ella no ha engendrado ningún grande hombre, ni siquiera en política.

El mejor de sus hombres no ha pasado de una laudable medianía...

En los siglos coloniales de la Universidad, no encontramos ningún hombre que hubiera llegado a descollar, un poco siquiera, en cualquier disciplina científica: no tenemos ningún hombre representativo, como lo tienen en otras partes.

En la época de la independencia, salen de ella los universitarios que precipitan el grito subversivo del 25 de mayo de 1809, Monteagudo, Zudáñez, Lemoine y los demás... Ahora bien, aun mirándoles en el aspecto únicamente de la inteligencia política, ¿hay, entre ellos, algunos o alguno siquiera, que se distinga por su genialidad política?

En cuanto a sus ideas, no nos han dejado ninguna personal: todo lo que encontramos en ellos sobre sistemas de gobierno, problemas económicos, organización administrativa, etc., está sacado de los enciclopedistas franceses y mal aplicado al problema nacional. No se me va a hacer creer que en los “Escritos Políticos” de Monteagudo o los folletos de Pazos Kanki, haya algo útil que espigar en cuanto a ideas...

Ahora, en cuanto a acción, para probar su incapacidad, basta parar mientes en el siguiente fenómeno, que es importante: la fundación de la República se debe no a los nacionales, sino a los extranjeros: Bolívar y Sucre no son nuestros, eran forasteros. ¿Qué se hicieron durante la trágica contienda de los quince años los que muchachilmente provocaron la revuelta de Mayo?

La mayor parte de ellos desaparece; se eclipsan, se borran. Unos, como Monteagudo, cambian de ideas, se vuelven monarquistas; otros mueren heroicamente en la lucha, algunos emigran, etc., esto no es lo esencial. Lo que llama la atención es por qué no sale de entre algunos de ellos un hombre superior que dirija los acontecimientos, un político de garra, de larga mirada americana y de brazo fuerte para imponer una voluntad señera: de entre aquellos estudiantes no sale ni un Bolívar, ni un Sucre, ni un Páez, ni un Santander, ni un Subieta, ni un Ricaurte, ni siquiera un Belgrano o un San Martín... ¿Por qué?

Este por qué es trágico para nuestra historia. Porque si hubiéramos contado con un héroe, con un hombre de genio, como uno de aquellos varones máximos, otros habrían sido nuestros destinos bolivianos y otro hubiera sido el destino de la misma guerra de emancipación americana.

Las causas pueden ser muchas: incapacidad de la masa para crear el grande hombre, pobreza del territorio, razones de índole geográfica o racial, etc. Eso no vamos a establecer por el momento.

Lo que por el momento importa señalar, es este rasgo: en la conducta que los revolucionarios de Mayo observaron para dar el primer grito de independencia y en su conducta posterior, encuentro yo ciertas cualidades psicológicas que son las que siguen primando en el resto de la vida republicana.

Trataré de sintetizar mi pensamiento. En primer lugar, el apresuramiento con que proclamaron la revolución, denuncia su espíritu imprevisor y alocado, es decir, que tienen la psicología de un colegial que, disgustado con la tiránica disciplina de su regente gusta de hacer una revuelta contra él, sin importarle nada ni prever cuáles serán los resultados posteriores y si tendrá fuerzas para hacer frente a su indisciplina.

Es lo que sucedió para el 25 de Mayo. Ellos proclamaron la independencia sin haberse preparado de antemano a ella —me refiero a la previsión bélica— y se arrojaron a la sangrienta aventura heroicamente, pero con heroísmo romántico, sin prepararse ni preparar nada. De ahí que viendo que la cosa era más seria de lo que creían y que para librarse de Fernando VII había que contar con un ejército disciplinado, con dinero y con valor, unos sacrifican heroicamente su existencia, pero cuán estérilmente, y otros hacen lo mismo constreñidos por la fatalidad, pero ninguno de ellos puede alzarse a la altura del héroe.

Empleo esta última palabra no solamente en el sentido de valor a toda prueba, sino de capacidad para dirigir y encauzar una acción. No revelan ni talento militar, ni talento político; derrochan su energía estérilmente unos, como Ascencio Padilla, y otros son diplomáticos, como Casimiro Olañeta, pero no arde en ellos la llamarada genial... He ahí por qué cuando vienen Bolívar y Sucre, nos doblegamos a ellos y no tenemos un hombre, no sólo capaz de medirse con ellos, sino aún de ponerles reparo. Esta fue nuestra fatalidad... ¿Y por qué?

Este por qué sigue siendo trágico. Pero, nuevamente, dejémosle a un lado. Lo que aparece claro es que los patricios de Mayo —dejando aparte su heroísmo, por el momento— obraron al proclamar la revolución y en el curso de ella, con un espíritu imprevisor, alocado, fácil al entusiasmo y pronto a la angustia, pero careciendo de seguridad de miras, de talento para ahorrar la energía y no derrocharla inútilmente. Y yo creo que todo ello obedeció a los métodos en que fueron educados, pasando de la férrea disciplina universitaria de la Academia Carolina, cuando se vieron en poder de la libertad, obraron como un hombre pobre que ha heredado de repente una gran fortuna. Como nunca estuvo acostumbrado a manejarla, la derrocha a montones, a tontas y a locas... A la falta de espíritu de previsión de cautela, de serenidad, se debe también que se metieron en “la calaverada estudiantil”, como en nuestros días las Federaciones de Estudiantes se declaran en huelga o publican un manifiesto amparando al Presidente Calles.

Ahora bien, ese espíritu han continuado heredando el resto de las generaciones de universitarios que se han sucedido en el período republicano: desde la época de Santa Cruz hasta nuestros días, siempre han sido los estudiantes los primeros en organizar mitings, protestas, huelgas, la cuestión es meter alboroto, aceptando sin mayor examen las ideas europeas y sin considerar los resultados de esa acción y sin prever los medios prácticos para realizarla.

Es decir, que en la conciencia de nuestros estudiantes el espíritu indisciplinado, levantisco y rebelde, prima sobre el sentido de disciplina, orden y análisis; tomamos las teorías por realidades y queremos con palabras realizar hechos.

Es lo que Baldomero Sanín Cano acaba de llamar “el mal del trópico”.

Somos inteligentes para pronunciar discursos, para hacer versos y escritos, para ir a los parlamentos y a los bailes, pero hasta ahora no hemos inventado nada útil, ni siquiera el betún y no hemos producido una sola idea original, que se diga idea boliviana, ni en arte, ni en ciencia, ni en numismática siquiera.

¿Cuál es la causa? Yo no culpo a otra cosa que los sistemas actuales de enseñanza.

Hay que ver, en qué forma tan imbécil se va a perder el tiempo en nuestras escuelas, en nuestros colegios y en nuestras Facultades, para salir de allí convencidos de esto que tal vez en broma se dijo, pero que es cierto como un templo: todos los males de Bolivia han salido del cuartel y de la Universidad.

Me excusaréis en gracia a la brevedad, que no os describa lo que sucede. Todos sabéis, más o menos. Voy a poner sólo rápidos ejemplos.

En el colegio se nos insufla de ciencia infusa y de pedantería. En la Universidad aprendemos a ser doctores. Estudiamos Historia Natural de memoria y después de saber todas las clasificaciones de Linneo o de Cuvier, no podemos distinguir en la realidad una parra de uvas de un árbol de olivos. Salimos haciendo versos, pero frecuentemente no sabemos ortografía. Hemos estudiado Álgebra y Trigonometría, pero nos hemos olvidado de la tabla de multiplicar. Antes, todo el mundo quería ser abogado. Ahora, todos queremos ser médicos. Pero lo verdaderamente grave no es eso, es el espíritu que uno adquiere en la educación actual: en lugar de aprender a observar la realidad para saber aprovecharla en nuestro provecho, se nos enseña a cambiarla; aprendemos a sobreponer las palabras a las cosas y creemos que las palabras son más realidad que los hechos. ¿Por qué? Porque toda nuestra enseñanza es a base de palabras; todo es verbalismo.

Dos ejemplos típicos. Supongamos que entramos en la Facultad de Derecho a oír un examen de Sociología o de Filosofía del Derecho y al alumno que está dando examen le ha tocado el número "método".

Por lo pronto, el alumno habla pestes del método escolástico y del racionalista y dice maravillas del método experimental y objetivo. Lo curioso de observar es que, no obstante del enorme, inconmensurable desprecio que parece el alumno tener al "método escolástico", él, en verdad de verdad, no es otra cosa que eso: un escolástico de marca mayor y un racionalista fantástico. En cuanto al método objetivo que verbalmente acaba de elogiarlo, prácticamente no lo ha realizado jamás... Es como si un individuo hablara iniquidades de las personas que andan a pie y dijera maravillas de los que andan en auto, pero él jamás ha andado en auto y sí toda su vida a pie. Si sabe que el andar en auto tiene éstas y otras ventajas, es porque lo ha leído en un tratado de mecánica.

Hace años, cuando la Compañía Huanchaca estaba en auge, el administrador señor Zola hizo traer unos ingenieros del Politécnico de París, para que dirigiera una instalación eléctrica que pusieron en Pulacayo. Cuando llegaron los ingenieros había que ver el miedo con que se comportaban, no queriendo tocar el menor aparato y andando en el ingenio como sobre ascuas. En cambio había allí un señor que había trabajado en minas y en instalaciones eléctricas y que en el nuevo ingenio de Pulacayo se paseaba como Pedro por su casa, ante el estupefaciente asombro de los politécnicos ingenieros... A ese no le "enseñaron" el teorema de Pitágoras, ni las leyes de Volta, él aprendió, enseñándose a sí mismo, lo que le convenía para su oficio, trabajando al mismo tiempo que aprendía.

Está, pues, claro que a seguir educando a las generaciones nuevas con los métodos viejos y hoy también en uso, Bolivia no ha de adelantar un solo paso. Las nuevas generaciones han de continuar siendo, como hasta ahora teorizantes por encima de prácticas, soñadoras en vez de activas, idealistas en las palabras e inescrupulosas en los hechos, con fugas a un espiritualismo tonto y despreciadoras del trabajo manual, del comercio y de la industria. Y vamos a seguir aumentando ese vasto parasitismo social que vive del empleo público, del magisterio, del cuartel, del curato y de la burocracia en general.

Y vamos a seguir dando el macabro espectáculo de un pueblo parásito en estado parásito, porque lo que hoy sucede en Bolivia, es algo bien triste, hay que reparar en ello: desde hace algún tiempo todos somos universitarios y queremos ser doctores, y como no hay para todos trabajo de "doctor", tenemos que buscar un empleo y vivir parasitariamente de él y, como en nuestra calidad de parásitos no aportamos dineros al Estado, el Estado se empobrece y, como todo pobre, trata también de adherirse parasitariamente a alguien. Este alguien es el pueblo, el cual empieza a ser abrumado de toda clase de impuestos. Es decir que, de una parte, el pueblo procura robar al Estado, lo más que puede, y el Estado trata de hacer lo propio. Como esta situación es insostenible, a la larga vamos a ser un pueblo predispuesto para la dictadura o la Conquista.

Contra grandes males, grandes remedios. De este asunto me ocuparé en la segunda parte.

EN VEZ DE UNIVERSIDAD, ARTESANÍA

Como decíamos, la Universidad, en vez de ser un bien, ha sido causa de la proletarización de la burguesía, en lo económico; del derroche de lo orgánico y lo intelectual en lo biológico y del parasitismo en lo social.

A este exceso de mal, hay que combatir con el exceso del remedio. Si Bolivia ha sido, hasta ahora, el país del profesionalismo sin acomodo y sin utilidad social, en lo porvenir debe tender a ser un pueblo de trabajadores en tareas fructíferas.

En este sentido, nada más acertado que el plan de reforma propiciado por Eugenio D'Ors.

Bolivia, país agrícola y minero, debe tener hombres capacitados para estas labores y las que de ellas se deducen.

D'Ors ha notado que hay un conflicto permanente para nuestra cultura: la lucha entre una minoría selecta, europeizada, y la gran masa regnicola, apegada a las tradiciones del suelo.

¿Cómo ha de actuar aquella minoría europeizada y europeizante, frente a la oposición pasiva de las masas? Si pretende hacer que se adapta a la civilización occidental, la despersonaliza y su fracaso es rotundo. Es lo que ha sucedido hasta ahora.

Nuestros educadores han querido que el pueblo se modernice, adquiera modos, hábitos mentales y volitivos, de los europeos. Pero ello no ha podido ser: la masa adherida a sus costumbres, a su arte y su ciencia vernáculos, a su alma elemental e intransferible, ha repelido toda cultura exótica que se le ha querido imponer. Ese ha sido el error de nuestros pedagogos: pretender despersonalizar la raza y suplantarle el espíritu, mediante una cultura extraña.

Lo que hay que hacer es lo contrario: aprovechar el alma nativa, —su potencia—, para llevarla al acto. En otros términos, que la masa social progrese, pero dentro de sus propias modalidades.

“Lejos de tratar de imponerle orgullosamente —escribe el autor de “Glosas a la nación Boliviana”— un tipo de civilización que no es el suyo, basado en un ideal de ciencia que no es ni puede ser propiamente de nadie, va ahora a preocuparse que los selectos se acerquen a ella con generosidad, con humildad, para estudiar las creaciones propias de ella, recogerlas, encauzarlas, sublimarlas, desenvolverlas en un círculo amplio y construir con ellas una forma de civilización acabada”.

“Que la minoría sea, por un tiempo, tanto como maestra, discípula del tesoro, en gran parte inexplorado todavía, del alma popular. Que conozcan las formas en que ésta se realiza; que ayude al pueblo a realizarlas. Las del arte popular; las de los oficios vivos y las tradicionales profesiones, sobre todo, que son las más aptas para la concreción vivificadora del “hacer”.

“He aquí, pues —agrega— lo que propongo: una educación pública que continúe y perpetúe la obra del arte popular. Una educación que inspirada en el folklore se cifre en la artesanía”.

LA ARTESANÍA SEGÚN EL CONCEPTO D'ORSIANO

“Primero: identificación de la llamada “primera enseñanza” con la agricultura.

En torno del aprendizaje —que no enseñanza— de la agricultura, queda aceptada la comunicación de nociones que hoy da o pretende dar la escuela primaria. Granja-escuela.

Segunda: identificación de la llamada “segunda enseñanza” con la artesanía en sentido estricto.

De los hijos del país que han practicado la agricultura, unos quedan en ella. Otros pasan al aprendizaje —siempre “aprendizaje”, nunca “enseñanza”— de las artes y oficios. En torno a ese núcleo de creación auténtica, los trabajos manuales, se coloca la tarea de identificación y complejidad necesaria a conocimientos, propia de este período de la instrucción pública. No se crea cosa tan difícil. Hay mucho de embeleso con la selva escolástica de colegios y liceos. Pocos serán los bachilleres que sepan más química que un buen tintorero o más mecánica que un chofer. La escuela profesional substituye así al liceo. El artesano al bachiller.

Y así luego, en la vida, si el artesano no logra personalmente el éxito apetecido, siempre le queda el recurso de retroceder hasta la agricultura.

Tercera: La Universidad es todavía en este proyecto una educación de aprendizaje profesional. A ella pasa cierto número de jóvenes de los que son ya, en primer término agricultores; en segundo término, artesanos. Y en ella se hacen médicos, farmacéuticos, abogados, bibliotecarios, ingenieros, maestros de escuela, etc., pero no físicos, matemático o filósofos.

Cuarta: esta se deja para muy reducido grupo; procede así por elevaciones sucesivas de la gran masa popular, pero no separando de ella, ni impuesto a ella. El físico, el matemático, el filósofo, son una flor nacida de la cultura general, pero no un producto artificial extraño a ella. Y el que haya querido ser químico, y le hayan faltado fuerzas o suerte, que retroceda a la farmacia y si ni así, hasta sembrar patatas. Todo menos convertirse en triste proletario de sombrero hongo o en un parásito social.

Y en todos los momentos y en todos los grados de esta cadena de aprendizajes, hacer, hacer, hacer; practicar, practicar, practicar. Y limpiarse el alma de vanidad para quedar así digno de participar en la creación folklórica, colectiva, en el trabajo práctico y épico.

Este es el plan de reforma auspiciado por el autor de “Aprendizaje y heroísmo”. Como se ve, implica una transformación básica de nuestro carcomido sistema de Universidad Escolástico-Burocrática, —que ni con la tan cacareada Autonomía Universitaria ha de dejar de ser el mueble inservible que es— y una limitación de nuestros viciosos planes bachillerescos y doctoristas. Sólo de esa manera cumpliremos las eternas e imperecederas normas del Antiguo Testamento: ganarás el pan con el sudor de tu frente y no llegarás a empobrecer más a un Estado pobre con tu pobreza profesional ().

DON EDUARDO RODRÍGUEZ VÁSQUEZ Y EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

La revista "Universidad" de Potosí que vengo comentando, inserta la conferencia que, meses pasados, dio el doctor Rodríguez Vásquez en el paraninfo de la Universidad de "San Andrés", sobre "El Problema Universitario".

Como el caso del doctor Rodríguez Vásquez es un caso emocionante y patético de "universitarismo crónico", hoy voy a consagrarle una loa apologética. ¡Qué caso más recalcitrante de cientificismo evolucionista! El doctor Vásquez hace veinte años, más, hace cuarenta años lo menos, era un evolucionista spenceriano convencido, confeso y compungido. Ahora, después de la Guerra Mundial, de la guerra del Chaco y la baja de la moneda, continúa de evolucionista spenceriano convencido, confeso y compungido. Mientras todo en el mundo, todo, hasta la doctrina de la Evolución, ha evolucionado, el único que se mantiene firme, inflexible, hierático, en su concepción filosófica del cosmos, es el doctor Rodríguez Vásquez. Cree en los dogmas cientificistas del siglo XIX, en el positivismo comtiano, en el evolucionismo de Spencer y en el transformismo de Darwin con la fe, con la vehemencia, con la intransigencia de un Padre de la Iglesia. Es un Tertuliano del Evolucionismo. Credo quia absurdum.

Mientras el Evolucionismo de Spencer, el mecánico filósofo, o el filósofo de la mecánica, ha evolucionado desde el Evolucionismo Creador de Bergson, el pragmatismo de James, el voluntarismo de Eucken, hasta disolverse la filosofía integralista en el relativismo historicista de Spengler, don Eduardo, con una fe realmente conmovedora aún continúa creyendo en las ya descalificadas doctrinas del siglo pasado.

José Vasconcelos, en su artículo "La Nueva Ideología" (publicado en su revista "La Antorcha", de París), observa: "Aparentemente, nada hay más difícil que precisar que las corrientes mentales, las convicciones de una época. Casi todo lo que circula por nuestra América con el prefijo de nuevo tiene por lo menos veinte años y en estos veinte años todos los conceptos básicos han cambiado. Ya no hablemos de los ingenuos retirados provincianos que todavía aceptan como dogmas el evolucionismo zoológico. Entre los más avanzados, entre los que se dicen al día, prevalecen doctrinas sociales que son una derivación de ese evolucionismo ya desprestigiado en historia natural, pero todavía dominante en las ciencias sociales, en la filosofía y en la política.

¿El doctor Vásquez no será uno de esos provincianos —intelectualmente hablando— a que se refiere Vasconcelos Su cerrado evolucionismo nos autorizaría a creerlo. Y no es raro, ni es tampoco culpa de él, ni falta exclusivamente suya: Bolivia dentro del universalismo ecuménico de la cultura actual, no es más que una provincia, una pobre provincia, y todos, intelectualmente, somos provincianos, pobres provincianos.

Y nuestra visión filosófica del Universo, de la Historia y la Sociología, es de estrecha perspectiva, provinciana también.

Por ello, no es raro que nuestro doctor Vásquez, crea aún en "el progreso indefinido", (dogma del Evolucionismo) y afirme muy suelto de cuerpo: "Las sociedades no desaparecen, evolucionan". Ganas dan de decirle: "Se acuerda usted, Eduardo, — en nuestra anterior metempsicosis— cuando estuvimos en Cartago, en la Corte de Salambó que Hamílcar Barca le hizo jurar a su hijo Aníbal "odio eterno" a Roma y lo que pasó después con el infortunado Aníbal, con Salambó, con su brillante corte y, en suma, con todo Cartago. Aquello era una sociedad, una sociedad fastuosa, ricacha, resplandeciente. Ha desaparecido. Hoy sólo queda el recuerdo de ella en una novela más imaginada que verídica: en "Salambó" de Flaubert. Cartago, Alejandría, Sibares, Nínive, ultracivilizadas, exquisitas, sabias, fastuosas sociedades, habían sido "verduras de las eras".

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora Campos de soledad, mustio collado, Fueron un tiempo Itálica famosa...

Los poetas tienen alguna vez razón.

Empero, justo es decir que el doctor Rodríguez Vásquez, cuando se olvida de su cientificismo digno de Mr. Homais, como cuando don Quijote se olvidaba de la caballería andante es un hombre inteligente. Así, al abordar el problema universitario, está en lo justo. Pide, en primer lugar, "la más absoluta libertad de cátedra", asunto en el que todos, creo, estamos de acuerdo y, en seguida, aboga por la descentralización universitaria, en lo que estamos en un todo conformes con él. Las razones que aduce para sostener esta última tesis son, a mi parecer, fundamentales, irrefutables: la diversidad geográfica del país, la falta de vías de comunicación fáciles y las peculiaridades geosociológicas de cada distrito. "La política gubernamental —dice— en lugar de orientarse imprimiendo un secante centralismo, en todas las esferas de la administración, debió procurar un régimen de descentralización que, consultando los recursos y necesidades de cada región, estimule sus actividades. Impulsar sus naturales energías, para sumarlas, después de un período de tonificación regional, al concurso del conjunto, en forma natural y espontánea, habría sido una política salvadora".

El doctor Rodríguez Vásquez es, como no podía ser menos, ya que se trata de un hombre inteligente, estudioso y patriota, y, lo que es más raro en Bolivia, sincero y de buena fe, partidario del Federalismo. Por ello, con íntegra razón afirma:

“Este sistema de concentración de elementos dispersos, ya convenientemente vigorizados, ha formado la grandeza de dos pueblos de América: Estados Unidos y la Argentina. El sistema federal que hoy rige en ambos, lejos de importar SEPARACION, ha significado UNIDAD. En uno y otro estado, reconociendo que sus diversas regiones, con suficiente vitalidad individual, integraban organismos sin cohesión, establecieron el sistema federal, para estrechar sus lazos de unión, totalmente dispersos. Entonces, antes que sostener preponderancias ficticias al impulso de abstracciones negativas, que no consultan la realidad de fenómenos sociales, conviene que la espontánea expansión de los recursos locales se encargue de satisfacer sus necesidades. El poder central, sirviendo de fuerza centrípeta, procurará la cooperación en beneficio de aquellos sectores que, por circunstancias del momento, aún no se encuentran en condiciones de llenar cumplidamente sus necesidades, hasta que desaparecidas tales transitorias circunstancias, al impulso del estímulo y la noble competencia, factores eficientes del progreso particular, puedan ser satisfechas. Entonces sin esperar la cooperación ajena, contribuirán al bienestar colectivo”.

De acuerdo, plenamente de acuerdo, doctor Vásquez; aunque parezca paradójico, por básicas razones —largo de exponerlas lícito es afirmar, rotundamente: sólo el federalismo obrará la unidad nacional.

La situación actual de Bolivia es, a mi juicio, semejante a la de Francia antes de la Revolución de 1789, de la gran revolución. Hipólito Taine, en “Los Orígenes de la Francia Contemporánea”, ha demostrado, como sabía demostrarlo el gran historiador, documental y razonadamente, que la causa para ese bárbaro cataclismo, no fue otra que el desapoderado centralismo de París, la hegemonía sin control, de la corte, y, en síntesis, el abuso de la idea del Estado. Desde el reinado de Enrique IV y los últimos Luises, comienza a producirse esa anomalía antitética, a medida que París centralizaba y crecía más, el resto de Francia, las provincias y la campiña decrecían víctimas de la despoblación y las exacciones capitalinas, se extenuaban en el abandono y la miseria. La Revolución por inmanente determinismo, tenía que estallar. Un siglo antes, hacia 1680, ya lo previó La Bruyere. (Véase en “Los Caracteres”, la pintura del campesino francés). Pues bien, en Bolivia, hoy por hoy, nos encontramos ni más ni menos, en una situación análoga a la Francia de los últimos Luises. Al borde de una revolución francesa. Tal vez la salvación está en el Federalismo y, sobre todo en que, como clamaba Ortega y Gasset, antes de la revolución española, que “las provincias se pongan en pie”. No hay otro remedio si es que, realmente, hay aún en Bolivia la posibilidad de que ella sea una nación y no, como hasta ahora, y hay síntomas de que ello se agrave, una colonia feudal.

Cuanto al problema universitario, tiene razón el doctor Rodríguez Vásquez. Las Universidades del interior, pese a sus imperfecciones y deficiencias, con todo, aún mantienen la vida intelectual de los respectivos distritos. Mal que bien, son centros de cultura. Sin ellas, que son a modo de un islote de la civilidad, en medio de la mesocracia filistea del ambiente, carecerían de toda vida mental, serían pueblos acéfalos, sociológicamente descerebrados, sin una luz que les alumbré y señale la ruta a seguir en el áspero camino, en la ribera oscura. Más aún, si tenemos en cuenta, que, como tal pasa hoy en Sucre, los mejores, cual las golondrinas de Theo Gautier, abandonan el solar nativo y se van a alguna Atenas fascinante o como diría Costa Du Rels, a una tierra “ensorcelée”.

Con referencia a España opinaba Angel Ganivet esto que es, también, íntegramente aplicable a Bolivia: “Mejor es que en España haya quince o veinte núcleos intelectuales, si se quiere antagónicos, que no que la nación sea un desierto y la capital atraiga a sí las fuerzas nacionales, acaso para anularlas, (“El porvenir de España”).

Menéndez y Pelayo en su obra magistral “La Ciencia Española”, piensa lo mismo que Ganivet. Con respecto a los estudios de literatura, dada la diversidad lingüística de las regiones ibéricas, pide: “Como la historia de la literatura española es de suyo tan extensa, conviene establecer las cuatro cátedras siguientes: Historia de la literatura hispano latina, Historia de la literatura hispano semita, Historia de la literatura catalana, Historia de la literatura galaicoportuguesa. La primera deberá establecerse en la Universidad de Salamanca; la segunda, en la de Sevilla o Granada; la tercera en Barcelona, y en la de Santiago, la cuarta; pues no parece justo que Madrid disfrute de todo género de ventajas y preeminencias; antes conviene vigorizar el espíritu provincial por donde quiera”.

No debe ser otra, en Bolivia, la política universitaria a seguirse. Por eso, el doctor Rodríguez Vásquez, está en lo justo, cuando afirma: En el aspecto universitario no debemos pensar siquiera en instituciones supremas que, en forma alguna, rompan la armonía de las partes y su libre y natural desenvolvimiento al sólo imperativo de sus exigencias”.

“Las Universidades, en cuanto a su autonomía, jerarquía y medios de propaganda, no deben estar supeditadas a autoridad central alguna, sea ésta de su misma institución o provenga del Gobierno Central. La coordinación de métodos Y Vinculación de ideales han de surgir, lo repetimos, al sólo impulso de corrientes espontáneamente determinadas dentro de la libre manifestación de sus actividades y no como resultado de subordinación o supremacía artificiales incompatibles con la Libertad de Cátedra”. “En Bolivia —concluye— más que en ningún otro país, ya sea desde el punto de vista doctrinario o ya con el criterio de un realismo puro, no es posible ni patriótico que el Estado, a cualquier título que se invoque, pueda impedir la libre manifestación de actividades intelectuales que se encuentran latentes. Le corresponde, más bien, iniciar la verdadera autonomía universitaria, dejando amplio curso a sus corrientes: La Universidad Nueva exige política nueva”.

De acuerdo doctor Rodríguez, plenamente de acuerdo. Mis aplausos. Y perdón por lo del Evolucionismo. Me he convencido de que el suyo, en tratándose de la urgencia de la federación del país y del problema universitario es, realmente, creador.

LA ACTITUD DE LOS ESTUDIANTES ANTE LA VIDA NACIONAL

Según el sentir de personas alarmadas o que se sorprenden de palabras fuertes y gestos elocuentes, la velada fúnebre preparada por los señores estudiantes de la Facultad de Leyes, en la noche del 21 de junio, ha sido una velada “roja”, llameante de ardor comunista.

Para unos, —los partidarios de la doctrina o los que no simpatizan con el gobierno— ha sido una prueba de la valentía de los estudiantes.

Para otros, los conservadores o atrasados de noticias, o que toman el rábano por las hojas, los estudiantes son poco menos que unos herejes, a quienes había que condenarlos a la última pena. Ojalá que viviéramos en los tiempos de nuestro muy amado Rey y Señor, don Felipe II, para realizar con ellos un ejemplar y escarmentador Auto de Fe.

Entre los más alarmados parece que figuran algunas autoridades judiciales que han llegado hasta el extremo de amenazar a los señores estudiantes con un “juicio criminal” y han prohibido la publicación del periódico “Rebeldías”.

A estos buenos muchachos que están en la edad de las ilusiones, y a quienes se debería dejarlos desbarrar a su antojo, les amenazan, las supradichas autoridades, con meterlos a la cárcel, ni más ni menos que si se tratase de peligrosos terroristas o de abogados de provincia, de conciencia más sucia que uñas de alguacil.

Y, como los jóvenes estudiantes son valientes a toda prueba y tienen sed de martirio, o sea de la proscripción, —que los haría célebres de golpe y porrazo— o del cadalso, porque de tal manera se librarían del “oprobio de vivir y del horror de pensar”, claro que tienen que centuplicar sus rebeldías y llegar hasta el heroísmo, aun en contra de su voluntad, como pasa con todos los héroes.

Pero, ¿no comprendéis señores jueces, dignos y probos magistrados, representantes del altar y del trono, que vosotros estáis haciendo, con vuestras amenazas y prohibiciones, precisamente lo que no queréis, ni os conviene? Porque con vuestro celo por el “orden público”, estáis hinchando prestigios y dando importancia a cosas que había que comprenderlas y disculparlas con una elegante sonrisa.

Si hubiérais leído, por ejemplo, un libro de Renán, sobre los progresos y éxitos del cristianismo naciente, habríais visto que la rápida propagación de aquella doctrina obedeció, antes que a su intrínseca eficacia, a la violencia con que los emperadores romanos quisieron extinguir aquella doctrina. Renán puntualiza, detalladamente, en su estudio sobre “Marco Aurelio y el fin del mundo antiguos el hecho de que, después de que los romanos realizaban una ejemplar y sanguinaria ejecución de adeptos del cristianismo, cuando ya creían haberlos extinguido, precisamente entonces era cuando en mayor número y con mayor ardor, con mayor “sed de martirio”, se presentaban nuevas muchedumbres de cristianos.

Y ello ha ocurrido siempre, en todos los tiempos. Está en la naturaleza humana y esta verdad de psicología humana y social se concreta en el vulgar proverbio de que “toda privación engendra deseo”.

Pero esto no lo comprendéis, ilustrados y dignos representantes del altar y del trono, porque sois bolivianos, es decir, hombres de mente unilateral y ferozmente intransigente.

Si a una doctrina naciente, por reputarse absurda o contraria a los intereses de la sociedad, se la combate con las armas de la violencia, en vez de extinguirla, no se hace otra cosa que avivarla, atizar la hoguera de las pasiones que impulsan a las acciones definitivas.

Si una doctrina es absurda, hay que dejarla manifestarse libremente. El correr del tiempo, sin más molestias, ya se encargará de desacreditarla y sepultarla en ese abismo de olvido donde las ideas, sin aplicación a la práctica, van, en definitiva, a caer.

Por el contrario, si esa doctrina “tiene porvenir” y con ella se puede encarar los problemas que plantea el tiempo nuevo, entonces, no es posible desacreditarla con represiones y medidas violentas, porque —como es sabido— los hombres mueren, pero no las ideas útiles para el bien de la humanidad.

Ese fue el error de los romanos. Ellos quisieron combatir con armas materiales una religión espiritual, que tenía porvenir, mientras el contenido espiritual del paganismo ya estaba agotado, dessubstanciado como el bagazo que arroja el trapiche.

Esto deben comprender nuestras estimadas autoridades y, las que sin serlo, son más autoridad que nadie, por su admirable sagacidad humana y su deslumbrante talento político, como el de alguno o varios de nuestros representantes a Cortes.

El señor Salamanca, que parece que es persona inteligente, lo ha comprendido así y ha ordenado a nuestros amados jueces, (amados en el Señor) que se dejen de juicios criminales y de censuras periodísticas, porque eso ya no se emplea hoy, que

disfrutamos de un momento de libertad, ni en el valle de Cliza, donde se producen los mejores rebeldes de la República, esos que se rebelan, prácticamente, contra el derecho de propiedad, como es sabido.

En cuanto a nuestros rebeldes de Potosí, su rebelión no va más allá a que se han leído unos cuantos libros de autores rusos y creen que, con la implantación del comunismo en Bolivia, o de las doctrinas de don Carlos Marx, se va a salvar la patria. Este es un género de rebeldía tan encomiable, que, más que castigo, merece premios. Por eso manifiesta que los estudiantes de nuestra Facultad ya están comenzando a tener amor a la lectura y que, cuando se reciban de abogados, no han de ser tan ignorantes como los abogados de las pasadas generaciones, que no conocieron más libro que el Procedimiento Civil del cabezón de don Samuel Oropeza.

Leer “El Capital” de Carlos Marx o “La Revolución y el Estado” de Lenin, es tan inofensivo como leer “Los tres mosqueteros” de Dumas o “El Mártir del Gólgota” de Pérez Escriche. ¿Por qué se les va a seguir juicio criminal?

Si fuera por el mal gusto, sería explicable. Pero suponemos que los señores fiscales no son, al mismo tiempo, fiscales de las buenas letras, porque entonces debieran también prohibir la publicación del digno ceremonioso órgano “El Republicano” que comete algunas de esas faltas de concordancia y construcción que para los gramaticalistas intransigentes e inexorables, —los dictadores o caciques del idioma, como don Luis Serrudo— son crímenes de leso castellano que merecen, por lo menos, diez años de presidio.

Pero debemos pensar que a los señores fiscales no les importa la cuestión del idioma, ni del buen gusto literario.

Lo que ha debido disgustarles en los señores estudiantes es no haber encontrado, en sus elocuentes arengas, alguna idea interesante, útil para el buen gobierno de la República.

En suma, para decirlo claramente, si se les ha amenazado con la proscripción o el cadalso, no ha sido porque fueran intelectuales, —porque a un intelectual, por el hecho de serlo, si no es más que intelectual, aunque desbarre, no se lo mete a la cárcel, ya que a nadie se lo encarcela porque sea zonzo— sino porque los universitarios no se han presentado “como intelectuales”, sino que han pronunciado unos discursos Sentimentales en los que, a falta de ideas, lo que han abundado son gestos revolucionarios y actitudes epopéyicas. Los señores fiscales, —como el resto del público—, no han percibido las ideas, —tal vez porque no las había, o porque no podrían percibirlas— sino lo más visible, lo que todo el mundo ve, sin necesidad de ser defensor de la sociedad y cuidador del orden público, es decir, los gestos y las actitudes. Y estos gestos y esas actitudes les han parecido, francamente, revolucionarios, comunistas, bolcheviques.

Ya —seguramente—, se han imaginado que, detrás de la elocuencia de los discursos y la contundencia de la mímica de los señores universitarios, estaba una enorme masa de trabajadores agrícolas, de empleados de fábricas y talleres, de mujeres explotadas, en fin, todo un pueblo hambriento de justicia y lleno de sed de venganza, dispuesto a arrojarse contra el indigesto vientre de la burguesía y la plétora sanguínea del capitalismo.

Pero los señores fiscales han visto visiones, lo mismo que el resto de los conservadores. Para realizar cualquier acto social revolucionario hay que contar con la inquebrantable adhesión de la masa dispuesta al sacrificio. Y, para ello, hay que haber trabajado fuerte, haber ido al pueblo, como se hizo en Rusia.

Pero lo que es, nuestros estudiantes, en vez de ir, como los rusos, de la universidad al pueblo, lo que hacen es ir, del pueblo a la universidad.

Por lo que el pueblo está resentido con los universitarios. Y los universitarios están resentidos con el pueblo, porque éste no los comprende. Pero los que no comprenden son los estudiantes. No comprenden al pueblo, porque en lugar de estudiarlo, —al pueblo— lo que hacen es estudiar esa respetable momia que se llama el Código Civil, que el pueblo, —es decir los infelices sin cultura y sin nada— ven con más temor que los israelitas Las Tablas de la Ley. El pueblo sabe que detrás del Código Civil, no está la redención social, sino la cárcel.

La cárcel por treinta pesos. Los clásicos treinta pesos.

Es fatal lo que ocurre en Bolivia. Somos un pueblo de mentalidad niña, de espíritu pueril, que queremos salvar la situación compleja de la patria, con fórmulas simplistas, con afirmaciones dogmáticas con gestos y actitudes, que serán todo lo elocuentes y viriles que se quiera, pero que no son más que eso, gestos actitudes. Pesa aún en nuestro espíritu y en el ambiente social el funesto influjo de Melgarejo que sin reflexionar en nada, resolvía las más graves cuestiones con una orden imperativa o con una actitud descabellada. Es triste.

Ayer —hace poco más de cien años—, los estudiantes de Chuquisaca leían, a escondidas, el “Contrato Social” de Rousseau, y otros libracos por el estilo, producto de la cansada civilización europea, pero que, allá en la Francia del siglo XVIII, respondía a un especial estado social y a una necesidad de los tiempos, y, sin comprender eso, locamente, propagaron esas ideas,

creyendo que un pueblo que, como el nuestro, compuesto en su gran mayoría de indios analfabetos que siempre habían vivido en la esclavitud, serían capaz de sentir la libertad y practicar la democracia.

Nos arrojamamos en la guerra emancipadora, proclamamos la República entre gallos y media noche y durante estos cien años hemos vivido soñando que practicamos la República, pero nuestro sueño nos está resultando funesto, porque si bien la República existe en las leyes, lo que en nuestras almas vive y en nuestras costumbres hay, es la multiseccular e irremediable servidumbre del indio, con toda su ancestralidad milenaria.

De ahí que nuestra existencia nos resulta trágica, porque con un cerebro que corresponde a una cultura primitiva, de tipo aldeano, tenemos que hacer frente a la alta cultura occidental, que ha llegado ya a la máxima tensión racionalista y urbana. De ahí el disloque, la pseudomorfosis, el rotundo fracaso de la vida boliviana, en todos sus aspectos: político, social, artístico, económico, industrial, etc., etc.

Ahora Rusia nos está enviando otra panacea universal, este elixir de larga vida, esta milagrosa piedra filosofal, que va a transmutar la pobreza de nuestra raza de bronce en el oro caucásico del paraíso terrenal del comunismo prometido.

Siempre el mismo defecto de no querer ver con fría lucidez la realidad de nuestra propia vida, de estudiar, —ya no en los libros, sino en la vida, en los campos y en las minas— nuestros problemas, y plantearlos no ya con fórmulas francesas o rusas —buenas para rusos o franceses— sino bolivianas.

Es lo que cabe observar, con perfecta honradez, lo que está pasando con los estudiantes. Creen ellos que implantando esta o la otra doctrina europea, ella va a cuajar en el ambiente nacional y que, en tratándose del comunismo, por ejemplo, el indio, que ha vivido en la sistemática servidumbre del Imperio, y, ahora mismo, sigue normándose conforme a ese espíritu, que supervive en él con una induscencia crónica, indarraigable, felaje —es capaz de comprender y practicar el comunismo marxista, que corresponde, —como es sabido— a pueblos donde el exceso de maquinismo, la densidad de población y la desapoderada competencia en la lucha por la vida, ha surgido esa doctrina. Doctrina que el obrero occidental la comprende, porque la siente como una imperativa necesidad, por una parte, y por otra, porque dicho obrero ya ha llegado al racionalismo y posee un cerebro capaz de abstraer y comprender los beneficios de la solidaridad social, un vasto y complejo mecanismo como una fría ecuación algebraica. Pero en Bolivia, pueblo de cerebro infantil, por una parte, y, por otra, de espíritu individualista, asocial, ¿es posible que se halle en la misma situación que el obrero, y, aun, el campesino, occidental?

Y tan es así, que fuera de una centena de estudiantes y algunas personas ilustradas, es lícito afirmar que no hay más, en nuestro país, capaces de comprender el comunismo, en su espantosa realidad. Y aún es mucho.

El comunismo practicado entre nuestros indios, es de un tipo primitivamente agrario, y corresponde, históricamente, a una manera rudimentaria de asociación humana; mientras el comunismo ruso —si no estoy mal informado—, es de un carácter industrialista que pertenece a un tipo de alta cultura, —o fin de cultura, según Spengler— en que lo urbano ha vencido a lo rural.

Creo, pues, que tanto los señores universitarios de esta ciudad, como del resto de la República, yerran al querer aplicar, prematuramente, una doctrina exótica a nuestro medio y que incurren en el defecto, —lo que demostraría la unilateralidad de su pensamiento— de intentar salvar la situación actual —tan compleja—, con fórmulas demasiado simples.

Este hecho mismo ¿no nos estará comprobando, que la mentalidad boliviana, aun en los mejores de sus hombres—, como son los estudiantes, a quienes es justo considerar como las personas más cultas e instruidas— carecen de la capacidad y lucidez suficientes para comprender, a fondo, las arduas ideas europeas? Y que, a semejanza del niño deslumbrado por un linternazo sorpresivo de luz, toma aquellas ideas sin beneficio de inventario, sin someterlas a un riguroso análisis, sin penetrar en su real sentido, sin encerrarlas dentro de sus propios límites?

En otra parte he afirmado —al analizar la mentalidad boliviana a través de la producción novelesca— que el pueblo boliviano no obra guiado por la inteligencia o las determinaciones de la voluntad conciente, sino por impulsos pasionales. Somos un pueblo pasional, y es sabido que lo típico del hombre apasionado es que no ve más que un aspecto de la realidad.

“La pasión —dice Teodoro Ribot—, representa en el orden afectivo, lo que en el intelectual, es la idea fija”.

Espero que no se me enojen los señores estudiantes —porque ello querría decir que ellos, tan celosos defensores de la libertad de pensamiento, no respetan la libertad del pensamiento ajeno—, si les digo con toda honradez y buena fe, no en tono de censura, sino a título de observación de carácter general, que en la velada a que vengo refiriéndome, no han obrado como intelectuales, sino simplemente, como pasionales bolivianos.

Es decir, que se han dejado llevar de un impulso, valientemente, se han desatado en elocuentes arengas contra la clase militar, contra su clásico espíritu de insolidaridad social, su carencia de sentimiento nacional, pero se han quedado en eso, en la elocuencia y en la valentía, en el gesto y la actitud.

No han obrado como hombres inteligentes, usando de las armas que este resorte psíquico proporciona: el análisis, el racionamiento, etc., sino como pasionales impulsivos con todos los registros de voz y riqueza de expresiones fisiognómicas que la afectividad exaltada proporciona.

Tal vez no sea, pues, exagerado, no encontrar gran diferencia entre el tipo clásico del político altoperuano que va a una reunión de artesanos con los más sobajados lugares comunes de Derecho Público y arengas eleccionarias, se presenta como salvador de la patria, dejándolos —sin ápice de piedad— embotados y alcanza una diputación, la actitud de los señores estudiantes, que han ido al teatro y un público de bobos, papanatas y pobres diablos, como somos los burgueses —quizá más bobos que los mismos artesanos—, nos han hecho comulgar con ruedas de molino y nos han hecho tragar la bola de que la única salvación de Bolivia está en esta otra fórmula mágica: “Tierras al pueblo, minas al Estado”.

Yo me permitiría decirles a los señores estudiantes, que, en cuanto a lo primero, “Tierras al pueblo”, yo sería el primer comunista práctico.

Allá, por las pampas del Parinolque, en la provincia de Nor Chichas, cantón Vichacla, tengo la desgracia de poseer —como cualquier latifundista canalla de esos, estilo José María Linares, por ejemplo—, ocho leguas de tierras con mucho monte de churqui y algarrobo, y como esas tierras están abandonadas, porque no hay un pueblo que las trabaje, quisiera encontrar ese pueblo que las trabaje, quisiera encontrar ese pueblo trabajador, no para vender esas tierras, sino para regalárselas, obrando comunísticamente, hacer un reparto equitativo. Con esto no intento parangonarme con el conde León Tols toy, porque este señor repartió sus tierras por ser fiel a sus doctrinas y también porque era rico y no tenía necesidad de ellas, sino porque, en ese caso, cuando viaje a Chiquelte, ya no me aburriría como una ostra, pues ya tendría un poco de pueblo, hombres con quienes departir, que en aquellas soledades no hay, hoy por hoy, más que zorros de mal agüero y esas enormes tropas de cabras que tan triste celebridad nos han dado a los chicheños.

Volviendo a lo anterior. Si los estudiantes, antes de obrar pasionalmente, lo hubieran hecho intelectualmente, como universitarios, habrían —aprovechando del recuerdo de la Revolución de junio— analizado con espíritu lúcido, profundizando en el fenómeno, las causas de la revolución, sus emergencias e indicado, a la postre, la mejor manera de que ella beneficie al país, y no resulte, como todas nuestras revoluciones, un sacrificio estéril para volver a lo de antes. Habrían contribuido, generosamente, patrióticamente, con sus ideas, al mejor proceder del gobierno y no, como lo han hecho, estrellarse, valientemente, contra el pobre doctor Salamanca, que si tiene el poder, lo conserva como una ascua en la mano.

Eso habría sido hasta un hermoso acto de caridad. Habría revelado el espíritu de humanitarismo, de solidaridad y de civilidad, en los estudiantes. Pero ellos, han preferido ser rebeldes.

No tienen, pues, el espíritu de cooperación social, a la inglesa, sino el espíritu individualista y levantisco, a la antigua española.

Porque si así no fuese, en vez de rebelarse contra el poder —cosa vieja en Bolivia—, y querer salvar la patria con fórmulas “Made in Germany” —cosa, también, antigua—, habrían estudiado la situación de Bolivia, habrían pensado que mientras ellos están plácidamente estudiando en la Universidad o paseando en el bulevar, hay cientos de mineros embrutecidos por el trabajo de la mina y que de ahí retornan a sus hogares tan cansados, que va ni ganas de comer tienen y, a medio comer, se quedan dormidos; habrían sabido que hombres de talento —de verdadero talento, como José Enrique Viaña, en el ingenio de Chaupi, y Roberto Leytón, en las minas del Chorolque—, más víctimas de la incomprensión e insularidad de quienes debían comprenderlos y ayudarles, los estudiantes y los hombres cultos, que del capitalismo que, al fin y al cabo, les paga, aunque les exprime el jugo, están expuestos a fracasar por exceso de un trabajo inhumano, antes de haber producido la magna obra que su talento efectivo —repito—, daría, si esos pobres muchachos contaran con la cordial, humana y comunista comprensión de los hombres; y, en fin, habrían estudiado los problemas más próximos a nosotros, de lo cual la realidad nos está golpeando cada día los ojos, de la multiseccular esclavitud del indio, del no menos triseccular embrutecimiento del minero, y, si tanto hace, hasta habrían llegado a descubrir, en un feliz atisbo de psicología individual, el temor que el señor Prefecto del departamento tiene a ser Prefecto y hasta el poco amor a la lectura que tiene el señor Rector de la Universidad.

Habrían visto, entonces, que la redención de Bolivia no está en las doctrinas o en los malos gobiernos, sino en que se trata, sobre todo, de un problema de cultura. En que Bolivia, antes de ser comunista, georgista o marxista, lo que tiene que hacer es saber leer y escribir. Y el que más necesita de ello, es el indio.

Antes que ir al teatro, pues, donde hay que ir, es a los campos. Como en Rusia. Y ese será el mejor comunismo que hagamos.

Seamos maestros de escuela y repartamos el pan del espíritu entre los indios, antes de pensar en repartir las tierras, que ellos ya las tendrán de sobra cuando sepan presentar escritos sin necesidad de firma de letrado.

1931.

LOS EXÁMENES DE SECUNDARIA Y EL PORVENIR OSCURO DE BOLIVIA

“Estudiar a la juventud es conocer el porvenir de los pueblos”.

Francisco García Calderón.

I

Voy a empezar por pedir disculpas al lector —especialmente si es padre de familia—, por lo mucho de alucinación subjetiva que pudiera haber en estos artículos. Sabido es que el periodista no debe poner nada suyo, personal, en lo que escribe, sino mantenerse, al informar, dentro del objetivismo más riguroso.

Ese es el buen periodista. Pero es que, en realidad, yo no soy periodista. En todo lo que escribo pongo mucho de personal; el antiguo poeta lírico que había en mí, no se resigna a morir. Y a veces se me aparece entre las interlíneas de mis artículos y se pone a mirar el mundo con esa mirada ardorosa y sedienta que tienen los presos cuando se asoman a las rejas de su cárcel. Y, entonces, sin yo quererlo, se me caen de las puntas de la pluma, en vez de ideas, lágrimas.

Perdón, pues, amable lector, de esta debilidad tan femenina. Ya he dicho que en estas observaciones ha de haber mucho de subjetivo y debo explicarme. No sé si mis observaciones son como las que se van a leer, porque ellas han nacido del choque entre un plano de idealismo y fineza espiritual en el que estaba viviendo, con otro plano de vulgaridad y roña, con el que me tropezado o es que, realmente, ellas son certeras y corresponden a la realidad.

Durante esta última temporada, como cosa de quince días, durante los cuales he estado enfermo, según ha informado la prensa —pero la prensa miente mucho—, lo que he hecho es, como nada tenía que hacer en mi casa, leer, engolfarme y sumergirme en la lectura de “mis clásicos”, de mis hermanos mayores, los que están más cerca de mi corazón, como Amiel y Guyau, y los que satisfacen mi sed de sutileza y profundidad, como Nietzsche y Dostoyewsky. He releído por segunda vez, “La Gaya Ciencia” del filósofo de la Engandina y he concluido, por fin, “El Diario Intimo” de Amici, que me prestó el Dr. Mercado... ¡Qué maravilla es este “Diario Intimo”! He leído dos desconcertantes novelas, una de Andreyef, “Sascha Yeguleff”, donde se presenta ese estado de alma tan susceptible, caótico y tembloroso, como el anuncio de una tempestad lejana, que precedió a la revolución bolchevique, y he leído, ¡con qué deslumbramiento!, una novela del escritor noruego Knut Hamsun, “El Hambre”. ¡Qué estupenda creación! ¡Qué sutileza de análisis! ¡Qué dolor tan humano humedece sus páginas, como un sudor de sangre, en un Getsemaní de pesadilla! El autor es sorprendente. Con un tema tan sencillo, del que otro escritor no arrancaría media página, la sensación del hambre, del hambre fisiológica, ha logrado hacer una novela de trescientas páginas, tan sugestiva, tan inquietante, tan dolorosa, que hay páginas en que uno, alucinado, sugestionado, siente con sensación cuasi física, la sensación del hambre le dan ganas de llorar, de llorar de hambre, acompañando al protagonista en su desesperación y angustia... De esta novela tan humana, es imposible no salir, como de “El Idiota” de Dostoyewsky, más bueno, más humano, con una piedad más cálida por todos los caídos, por los más infelices, los rateros, los criminales, las prostitutas.

He leído la maciza obra del Barón Jakob Von Uexküll, “Ideas para una nueva concepción biológica del mundo”, donde de unos cuantos trazos magistrales derriba la célebre doctrina darwinista del transformismo y condena al desván de las fantasías científicas el materialismo desalmado del impenitente Haeckel y, en fin, he revisado los treinta tomos de “La Revista de Occidente” que mi buen amigo Ángel Llosa, —Dios se lo pague— me ha remitido de obsequio, de La Paz... Ahora estoy releiendo “La Cartuja de Parma” de Stendhal. Estoy viviendo la vida llena de intrigas, mundanismo e intensidad, de los principados italianos de 1796, admirando el talento y la belleza de la condesa Sanseverina, la sagacidad razonadora del Conde Mosca, el ridículo miedo de Su Alteza Serenísima Ranuncio Ernesto IV y el alma apasionada y corajuda de Fabricio del Dongo.

Todo esto, amable lector, es dulce, elegante, fino, selecto y superior por más vulgarizado que hubiera estado departiendo en estos días con estas nobles damas y gentiles caballeros, tertuliano con Nietzsche sobre el origen de la tragedia en Grecia y con Amiel sobre el sentido del cristianismo, no oyendo nada de política, no escribiendo crónicas infames, no preocupándome del “giro” y de los abusos de la Compañía Recaudadora, manteniéndome, en fin, como aconsejaba San Francisco Javier, “lejos de las disputas de los hombres”, he tenido, por la fuerza, que afinar mi espíritu, embellecer mi carácter, sutillar la mente... Amar lo alto, lo bello, lo puro y lo delicado. Despreciar lo tonto, lo bajo, lo ordinario y lo rastrero. He salido de estas lecturas con el ardor del misterio en las sienes y la sed del ideal en los labios.

¡Cuánta razón tienen los católicos en prescribir sus ejercicios espirituales! Por más basto que uno sea, se refina, manteniéndose alejado del mundo, pero sumergiéndose en ese otro mundo, múltiple en caminos como el mar e infinito en ámbitos como el espacio, donde puede volar a su antojo la alondra de la fantasía o el águila del pensamiento, que es nuestra propia alma!

Los escritores, como los sacerdotes, necesitamos estos temporales alejamientos del mundo, estas fecundas invernadas en los santuarios de la soledad y el silencio. Allí adquirimos nuevo vigor, maduran las ideas, levantamos la cosecha, y colgándonos otra vez sobre los hombros nuestra aljaba de flechas, salimos otra vez a combatir al mundo, con aquella bondad iluminada que tenía el santo de la Umbría, pero también con la cólera generosa de San Pablo, todo, por hacer más buenos a los hombres, por llenar de sentido este mundo, que sin la fiebre de ideal, sin la jerarquía de lo trascendental, sin la fe en Dios, sin el inmortal anhelo de inmortalidad, sólo sería la bola estéril que rueda en el vacío y donde el hombre, como la oruga, sólo sería el ser que nace, crece, se destroza y muere...

Flaubert nos cuenta en alguna parte de su correspondencia: "He pasado dos meses y medio absolutamente solo, como el oso en las cavernas, y en suma perfectamente bien; verdad es que no viendo a nadie no oía decir tonterías. La insoportabilidad de la tontería humana ha llegado en mí a ser una enfermedad, y aún me parece débil la palabra, casi todos los humanos tienen el don de "exasperarme" y no respiro libremente más que en el desierto".

Esta enfermedad es frecuente en los escritores. Hay veces en que se siente la necesidad de sumergirse en un baño de silencio y de soledad; es necesario buscar el desierto para meditar con calma, sin vanas urgencias humanas, sin escuchar las tonterías de los hombres, en los problemas esenciales: ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? ¿Qué somos nosotros? ¿Cuál es nuestro destino?

Los escritores, los que servimos para proveer de ideas a los demás, los que tenemos el encargo de pensar para los otros, porque ellos, urgidos de premuras, no disponen de tiempo para ello, necesitamos meditar nuestras ideaciones en paz, tejer nuestras fantasías en silencio, como las arañas su tela, incubar nuestras obras en calma, como las aves sus polluelos. Sólo así la obra resulta buena.

Pero, cuando abandonando este reino que no es de este mundo, vamos al mundo de la realidad casera, la sensibilidad se nos ha puesto tan hiperestática que el menor aspecto de irregularidad nos hiere, y hasta una palabra mal pronunciada nos irrita. Es que uno, como las serpientes, ha cambiado de piel y como las mujeres que han salido del embarazo, se ha vuelto mimoso, lánguido y gusterero...

Es lo que me ha pasado. En un día desapacible y turbio, en una mañana brumosa y displicente como el splín de un lord puritano, después de mi azul destierro en la torre de los panoramas, he salido a la calle, a escuchar las tonterías de los hombres y cumplir el deber vanal de lo demasiado humano. A tomar los exámenes de los alumnos! De estos alumnos mazorrales que al ingresar el primer año de secundaria estaban comenzando a ser inteligentes, pero que al llegar al sexto han dejado de serlo completamente, pues luego de haber pasado por los encantos de la Biología y las sutilezas de la Lógica, no han alcanzado ni a pronunciar sin esa estridulante "che" la palabra "conciencia".

De este choque es de donde se han originado mis observaciones sobre el fracaso de la instrucción secundaria, o de su inutilidad, mejor dicho, que el curioso lector verá en la segunda parte de esta memorable historia.

“¿Cuál es el valor de la enseñanza universitaria en Bolivia? ¿Cuál el de la llamada secundaria?

—Es igual a nada”.

Franz Tamayo

II

¿Cuál es, en sustancia, el objeto de la instrucción secundaria de la llamada facultativa o universitaria? ¿Con qué objeto sostiene el estado estos ciclos de instrucción, que le demandan un gasto considerable?

En épocas pasadas, cuando se estaba organizando la república, y se carecía de profesionales, singularmente de médicos, podía haberse perseguido esta finalidad, crear profesionales, pero en nuestros días, cuando estos abundan, —nos referimos a los médicos y abogados— ¿se justifica la existencia de las universidades sólo por eso?

Indudablemente que no. Todos han dicho que la superabundancia de esos profesionales, especialmente los abogados, no contribuye sino a aumentar el parasitismo que va estrangulando la vida económica del país. Y lo que pasa con los abogados, va a ocurrir, en breve, con los médicos. Hay una nueva amenaza de plaga. Los síntomas se van presentando alarmantes.

La mente, la mira fundamental, al crear esos ciclos de educación superior, no ha podido obedecer a otro objetivo, luego, que a crear “una intelectualidad superior”, capaz, por su preparación, inteligencia y tino, de dirigir el país, de ser las fuerzas guías de la sociedad, de crear, en suma, un ambiente público mejor. Que el país tenga unos cuantos hombres “preparados”, egresados de las universidades, capacitados para desempeñar las funciones directivas que toda sociedad necesita, y más que ninguna, Bolivia.

Para desempeñar esta labor de encaminar la cultura popular, se necesita, obvio es decirlo, ser culto.

Y aquí viene lo terrible: los profesionales egresados de las universidades, ¿son cultos? ¿son individuos capaces de responder honestamente a la confianza que el ambiente público deposita en ellos?

Restringiendo mis observaciones a lo que pasa en Potosí —que poco más o menos ocurre en el resto de la república—, respondo rotundamente que los “hombres preparados que egresan de nuestras universidades, son un fraude, un robo.

¿Por qué?

Por muchas razones, pero singularmente, por éstas. En las universidades y colegios “no se hace vida intelectual”, propiamente dicha. No existe el culto por las ideas generales, la generosa, noble y levantada preocupación por los problemas centrales de la vida, el amor de la ciencia por la ciencia misma, el gusto del arte, de todo eso, en fin, que constituye las cualidades de un hombre de moralidad superior y de cultura. Todos los concurrentes a colegios y facultades van allí con un mezquino criterio utilitario, con una mira mediocrementemente interesada, reflejo exacto y genuino del espíritu de sus hogares. En suma, para decirlo en dos palabras, lo que aquellos estudiantes buscan no es culturizarse, no van allá llevados por un ideal de arte o de ciencia cuyo culto es siempre un lujo del espíritu, una aristocracia de la mente, sino lo que buscan, para decirlo rotundamente, es una mediocre y casera reivindicación social. Lo que buscan es un título con el cual elevarse en rango social y consagrarse después a la política para adquirir prebendas, tener influjo y ser unos mangoneadores.

Y aquí viene la segunda de mis observaciones amargas. Es curioso de observar que los que más concurren a colegios y facultades no son los hijos de las familias acomodadas, los hijos de la burguesía, diríamos, estos prefieren dedicarse al comercio desde pequeños. Los que concurren en su mayoría son los hijos de los artesanos y obreros que aspiran no a cultivar la ciencia o el arte, sino a trabajar en los trabajos honestos, pero esforzados y mal remunerados, de sus padres. Es decir, que en vez de ser zapateros, o sastres, o carpinteros, como aquellos, quieren ser médicos, abogados y diputados.

Es una revolución pacífica, por la reivindicación social. De ahí que de nuestros colegios y facultades emana un ambiente de vulgaridad y materialismo insoportable.

Esta aberración está cundiendo a los campos y las provincias. El hijo de un honrado campesino, que pudiera continuar ejerciendo las funciones de su padre, honradamente —como el suscrito—, ya no quiere ser labrador, sino que aspira también a ser “intelectual”, aunque no puede pronunciar bien, por mala educación o por mala conformación de la mandíbula, la palabra “matrimonio”. (Yo he tenido una alumna que nunca pudo pronunciar a sus derechas esta palabra y salió de bachiller diciendo “matrimoño”). Otros que van adquiriendo una desaforada propensión al profesionalismo distinguido, son los hijos de los

cocanis. Yo tengo la visión fúnebre de que de aquí a diez años o menos, Bolivia ha de ser una república “de cocanis”. Y los industriales y capitalistas más poderosos, —después de los judíos— han de ser éstos.

Ahora bien, si la instrucción secundaria, y la facultativa, no sirven más que para restar elementos y brazos al laboreo de los campos y la actividad obrera productiva y, al contrario, acrecentar el parasitismo y difundir en el ambiente nacional un absurdo concepto de reivindicación social a base de simulación, ¿es justo que existan facultades y colegios de secundaria? Ya lo he dicho, y repito: en los actuales tiempos, la Universidad, sólo tiene derecho a existir, si de ella han de salir los hombres directores de la cultura popular, inventores en ciencia y creadores en arte: en suma, si la universidad, ha de ver de crear esa élite espiritual que necesitan todas las sociedades para su dirección. Esa es su función propia. Si la Universidad y la Secundaria no realizan esa función en Bolivia, sino esta otra nefasta, de dar alas al parasitismo y la simulación, lo más lógico que cabe hacer, es suprimir las facultades y colegios secundarios y emplear ese dinero en alfabetizar al resto de los bolivianos, que moran en los campos y las provincias.

Es preferible tener cien mil habitantes que sepan leer y escribir bien y las nociones elementales de ciencias y artes, y no unos cuantos centenares de “profesionales” que nada podrán hacer si la masa, el resto de sus compatriotas, no han salido de la barbarie. Si Bolivia fuera una nación con sentido común, eso es lo que haría. Pero ese había de ser siempre nuestro defecto: derrochar millones en sostener lo superfluo y no disponer de cuatro reales para lo necesario.

El tema que esbozo es tan complejo, que a continuarlo daría materia para rato.

1928.

¿HACIA LA REFORMA EDUCACIONAL?

El Consejo Nacional de Educación ha decidido afrontar en forma un tanto radical la reforma de los Planes y Programas de nuestros Institutos de Enseñanza. Y procediendo con bien aconsejada cordura, ha invitado al profesorado local para que cada uno de los maestros, en sus respectivas asignaturas, presente un proyecto de “modificación” de los programas en uso. Programas que, como es sabido, anquilosados dentro de la más estéril rutina, ya estaban, como los muros de Itálica famosa, amenazados de derrumbarse por sí por su gran pesadumbre. Totalmente atrasados con relación a los progresos incesantes de la pedagogía y ajenos a la realidad del problema educacional en Bolivia, —como que fueron plagiados del extranjero—, lejos de contribuir en un ápice al progreso de la instrucción, lo que han hecho es nulificarla hasta lo abominable. Especialmente los Programas de Secundaria. La reforma de ellos es de una urgencia inaplazable.

Nada más vasto, complejo, delicado y espinoso que el problema educacional en todas partes, pero sobre todo en Bolivia.

En el aspecto teórico, o sea como filosofía de la educación, no ha sido aún resuelto. No sabemos aún qué clase de “educación” es la que debemos dar. Cuál es la “orientación” que debemos perseguir. Nuestra bibliografía, al respecto, es completamente pobre. Apenas contamos, a nuestro parecer, con tres estudios, que nos pueden suministrar alguna luz en esta noche oscura del alma.

El primero: “Creación de la Pedagogía Nacional” de Franz Tamayo. Aunque publicado en 1910, conserva su actualidad. Mejor dicho: es sólo ahora que está comenzando a ser actual. En este libro se plantean por primera vez en Bolivia los problemas básicos de lo que, realmente, debe ser una “educación nacional”. Ahí se trata “el problema de la cultura”. Que no otra cosa importa toda “educación nacional”. Libro rico de gérmenes —que están sin desarrollar, a manera de la semilla que encierra la planta futura—, cuajado de ideas, sembrado de intuiciones admirables, actualiza todos los problemas étnicos, psicológicos, históricos y sociales relacionados con la educación. Es después de haber dilucidado aquellas cuestiones previas, que debe orientarse la pedagogía nacional. Se plantea temas tan sugestivos como este: dada la peculiar manera de ser de la inteligencia chola, ¿cuál es el régimen educativo que le conviene?

Tamayo, sin haber sido nunca maestre-escuela, ha llegado, precisamente por eso, a avizorar los problemas más trascendentales de la enseñanza. Ha señoreado el confuso panorama con perfiles de águila, desde la cumbre. Desde la cumbre de la filosofía de la educación y de la psicología social. Mas, ¿cuántos de los profesores conocen ese libro, ni siquiera de saludo? Ciertamente es que él no vale como una “metodología” práctica, de aplicación inmediata y utilitaria. Es un libro de ideas. Pero esto es lo que cabalmente más falta nos hace. Sin exagerar, cobra para nosotros el valor que en su tiempo y país tuvieron para Alemania las cinco conferencias que en el Instituto de Basilea diera Federico Nietzsche en 1871 sobre “El porvenir de nuestros establecimientos de Enseñanza”, que fue todo un grito de alerta en pro de la “verdadera cultura” y en contra de la “barbarie moderna de la cultura periodística” y el folleto de Unamuno, sobre “La Enseñanza Superior en España”, publicado en 1899, después de la guerra de Cuba, genial interiorización del alma ibérica.

Otro estudio, si menos extrañado que el de Tamayo, más propiamente técnico, y también olvidado y hasta despreciado por el gahnápiro mundo, es “El Arcaísmo de la Misión Belga” de Juan Bardina. Jamás se lo ha tomado en cuenta. Pero ahora ha reivindicado más que nunca su valor de actualidad. Porque ahora, en estos días fachadistas de la post-guerra, ahora más que nunca, el fachadismo exhibicionista y el pasivismo inerte han llegado a su más espléndido apogeo, si es que en la inercia y en la mentira puede haber nunca algo espléndido. La guerra del Chaco nos lo ha comprobado palmariamente; nuestros desastres, más que a otros factores adversos, han obedecido sobre todo al sistema de fachadismo exhibicionista y pasivismo inocuo en que han venido educándose las generaciones de treinta años atrás.

Y, aunque nada de metodológico, sino como psicología de la raza, vale para nuestro propósito el estudio de Jaime Mendoza, “El Niño Boliviano” publicado en el número 11 de la “Revista de la Universidad de Chuquisaca”. (Año VII, 130).

Esto es lo que contamos —y un poco más, desperdigado en revistas y periódicos— sobre la filosofía de la educación entre nosotros. A lo que habría que agregar las admirables “Glosas a la Nación Boliviana”, de D’Ors. Se publicaron en “La Nación” de Buenos Aires. Número dedicado al Centenario. El plan de D’Ors, de ser aplicado —para lo que se requeriría una genial audacia, pues habría que romper con todas las rutinas de nuestro universalismo humanista—, daría los más provechosos resultados. Se trata de la educación por “la artesanía”. Cosa que aquí no podemos sino mencionarla. Los que conocen el pensamiento dorsiano sobre “artesanía” saben a lo que nos referimos.

Este aspecto teórico del problema educacional, a lo que entendemos, aún no tiene propósito de encararlo el Consejo de Educación. Urge ante el afrontamiento de lo inmediato y perentoriamente práctico, la reforma de los planes y programas, antes que por su gran pesadumbre se derrumben, como las ruinas de Itálica, que lloró el poeta.

Porque encarar el aspecto doctrinal del problema educacional significaría nada menos que enfrentarse al problema mismo de la cultura. Y, aunque ello debía ser lo previo, es tan complejo, que el planteamiento y orientación de la cultura nacional no dependen solamente del buen deseo de los hombres de buena voluntad, sino que es obra no de una sola generación, sino de muchas, y no de un año o dos, sino de uno o dos siglos o más, porque, como ha dicho también D'Ors, y es lo cierto, "el esfuerzo de una generación sola, poco puede. Nunca ha bastado, ni para construir una Nación; ni para construir una Cultura; ni para construir una simple taza de porcelana si ha de ser una taza de porcelana perfecta, sin tacha ni reparo". Por eso, nosotros, no hemos inventado, hasta ahora, ni el betún. Estamos viviendo la época de precultura.

Dejando, pues, a un lado, estos metafisiqueos, y descendiendo a la "praxis", que es lo que les gusta a los filisteos, a lo urgente del asunto, tropezamos aún con otro conflicto: con referencia a la Secundaria: ¿cuál es la orientación que se le va a dar? ¿Una orientación "utilitaria", interesada, o una orientación "cultural", desinteresada?, o para decirlo con una frase de Nietzsche: has dos clases de establecimientos de instrucción: "establecimientos de enseñanza" y "establecimientos para la lucha por la vida". Los primeros persiguen un objetivo netamente cultural, educativo. Los segundos, un fin simplemente "utilitario", doméstico. ¿Cuál de las dos tendencias se va a seguir?

Esta es una cuestión previa que, a lo que hemos podido observar, no ha definido aún —ni tal vez encarado— el proyecto de Reforma de la Secundaria que se propone llevar a cabo el Vocal de Secundaria del Consejo de Educación, con la diligencia especializada del profesorado.

No es aventurado afirmar que, dada la situación económica del país y la tan boliviana propensión a lo reptilmente utilitario, todos, tanto educadores como educandos, padres de familia como padres de la patria, de propio y acezante impulso, se han de inclinar por lo segundo, es decir por los establecimientos "para la lucha por la vida", y no de la cultura, que también es lucha. Lo que tanto padres como hijos quieren es proporcionar los primeros a los segundos una profesión cualquiera, cuanto más rápida, mejor, que les facilite aquellas dos cosas que, según el Arcipreste de Hita, son por las que el hombre trabaja: lo primero es haber mantenimiento y... lo segundo, etc. "Una cultura de ganapán", diría Nietzsche.

Empero, si esta orientación de nuestra enseñanza deviene, o puede devenir, en el bienestar individual y de los hogares, no llega a cumplir por otra parte, los altos fines que el Estado, —que es el que costea la enseñanza— persigue, o debe perseguir, en beneficio de la colectividad y de la patria: la formación de una élite superior y desinteresadamente educada, directora de la sociedad, encauzadora de las energías sociales y creadora de un ambiente social próspero.

Todo país necesita de una "élite" que le dirija, de una aristocracia no solamente plutónica o militar, —mediocridad uniformada— como la que contamos, sino de una aristocracia del espíritu, flor de la raza. Y ninguna nación más que la nuestra, de tipo tan pueblista, tan apasionada de la cholera rastrera en todo, hasta en la fundación de establecimientos de enseñanza "superior", requiere de una aristocracia conductora.

Ninguna nación, por soviética o republicano-socialista que sea, por más ideales democráticos que tenga, puede vivir, —así lo enseña la historia— sin una minoría superior que la guíe, sin hombres bien dotados e instruidos que percibiendo con napoleónicas pupilas de águila en el brumoso horizonte del porvenir, sepan señalar una meta y conducir por el camino del triunfo. El hoy tan cacareado "imperio de las masas" está bueno para los discursos y proclamas de los líderes socialistas de una asamblea de descamisados, pero ni los mismos conductores o apóstoles de las masas obreras, creen en la anarquía el porvenir mismo de la patria. Problema que de la masa: ésta necesita siempre ser dirigida. Y el director, o pastor, tiene que tener una estatura mental superior a la del rebaño, una cabeza más alta para mirar más alto y más lejos. De otra manera no sabría cómo conducir al ganado. O este, no tendría quién lo guíe. Es una ley natural. Y una experiencia de la historia. Las mismas guerras lo comprueban. ¡Cuántos ejércitos han sucumbido porque no tuvieron un general!

Y es también la experiencia de nuestra historia: el triunfo de las masas, la plebe en acción, en síntesis, la incultura nacional, ya se está viendo a dónde nos ha conducido. Siempre hemos carecido de un genio tutelar. Cuando lo necesitamos, tuvimos que buscarlo fuera. Bolívar y Sucre vinieron a fundar nuestra nacionalidad. Pero como actuaron en un pueblo que no era el suyo, por mucho genio que tuvieran, no poseyeron el "genio nacional" —genius loci—, y lejos de beneficiarnos, nos han perjudicado terriblemente. Y aun en nuestros días: por carencia de una "élite" superiormente educada, tenemos que traer de fuera, desde los que vienen a organizar la hacienda pública, hasta el "gringo viejo" que viene a poner en orden la economía doméstica. Todo ello debido a que la única orientación de nuestra enseñanza ha sido siempre de un mezquino y rastrero "utilitarismo" doméstico y profesional, nunca desinteresadamente "cultural". Este es el aspecto en el que habría que plantear, como cuestión previa, el problema de la reforma de la enseñanza secundaria que ahora se piensa realizar. Y téngase muy en cuenta que del planteamiento en una forma o en otra, o de la mejor forma de resolverse el problema, depende el porvenir mismo de la patria. Problema que aquí no hacemos más que esbozarlo en sus líneas más salientes.

1935.